

EL IDEAL FEMENINO EN LAS CARTAS DE SANTA CATALINA DE SIENA (1347-1380)

JAVIER SESÉ

St Catherine of Siena, Doctor of the Church, was one of the most illustrious figures of the late Middle Age. Her abundant correspondence constitutes a first-hand testimony on the Christian life of that epoch. A good number of her letters is addressed to women, and reveal a deep and demanding spiritual outlook on the role of the Christian woman –an outlook that values the characteristics proper to the female condition–.

1. Elenco de las cartas de Santa Catalina.

Santa Catalina de Siena es, sin duda, una de las santas más populares y una de las figuras femeninas más atractivas de la historia. Doctora de la Iglesia (ella y santa Teresa de Jesús son las únicas mujeres que de momento han alcanzado ese título), alma mística y maestra de vida interior, en los treinta y tres años de su vida desplegó un intensísimo y variado apostolado, con un notable influjo no solo en la vida religiosa y eclesial de su tiempo, sino en lo político y lo social.

Durante esos pocos pero fecundos años de labor apostólica (que son los finales del destierro de Aviñón, que ella contribuyó decisivamente a cerrar, y los primeros del cisma de occidente, por cuya solución ofreció a Dios su todavía joven vida), su figura humilde pero enérgica, enamorada de Dios y de la Iglesia, amante de la paz pero exigente a la hora de plantear la vida cristiana a las almas, parece eclipsar a papas y cardenales, reyes y nobles, letrados y artistas; eclipsarlos, porque nadie muestra un anhelo como el suyo en el cumplimiento de la voluntad de Dios, porque su mirada es más clara que ninguna, su voluntad más decidida, su oración más eficaz.

Sin imponerse a nadie, con la calidez de su palabra hablada y escrita, y sobre todo con la santidad de su vida, fue sacando a muchas almas de la mediocridad y reformando eficazmente el ambiente relajado de su época.

La misma figura de santa Catalina es, sin duda, de notable interés para el estudio del ideal femenino medieval. El hecho de que una joven sencilla como ella fuera consultada y tenida en cuenta en las grandes cuestiones de todo orden que aquejaban al mundo tardomedieval, muestra ya cómo la santidad era entonces un valor de primera fila, se tratara de hombres o de mujeres; y que el papel de la mujer en la vida pública eclesiástica y civil podía llegar a ser trascendental, aunque no fuera habitual su presencia en esas instancias.

Pero, además, como parte de su impresionante despliegue apostólico, la santa de Siena hizo mucho por las numerosas mujeres que trató personalmente en esos intensos años. Desde su madre, hermanas y sobrinas, hasta reinas, nobles y abadesas, pasando por el grupo de discípulas que la llamaban “mamma” –en particular, las *mantellate*¹–, todo el espectro social de la mujer de su tiempo recibió el aliento humano y sobrenatural de su profunda doctrina y su encendida piedad, con aplicaciones prácticas y precisas a la vida cotidiana de cada una.

Todo ello se refleja de forma especial en su correspondencia. Han llegado hasta nosotros trescientas ochenta y una cartas auténticas de santa Catalina de Siena, bastante extensas la mayoría, hasta alcanzar casi las mil setecientas páginas en una de las últimas ediciones italianas². Es su producción escrita más extensa y rica en contenido, aunque menos conocida que el *Diálogo de la Divina Providencia* y las *Oraciones*, que completan el magisterio espiritual de la insigne doctora de la Iglesia que ha llegado por escrito hasta nosotros.

De esas trescientas ochenta y una cartas, ciento catorce están dirigidas a mujeres (singulares, en grupo o, en algún caso, con sus maridos); lo que nos parece un porcentaje notable y significativo; más si tenemos en cuenta que las principales preocupaciones de la santa (el regreso del papa a Roma, la solución del cisma, la paz, la renovación de la vida cle-

¹ Las *mantellate*, a las que perteneció Santa Catalina –que no fue, por tanto, monja en sentido estricto– era un grupo de terciarias dominicas, que llevaban como hábito un manto negro largo, sobre una túnica blanca. No vivían en conventos, sino en sus casas, aunque a veces hacían cierta vida en común. Tenían una regla especial, con prácticas determinadas de piedad, con una superiora y un director espiritual, y se solían dedicar a obras de caridad y misericordia. Santa Catalina no tuvo el cargo de superiora, pero bastantes *mantellate* se incorporaron al grupo informal, pero bendecido por la orden dominicana, de sus discípulos, en el que había otras mujeres y hombres de toda condición, incluidos sacerdotes y religiosos.

² S. Caterina da Siena, *Le lettere*, Edizioni Paoline, Milano, 1987.

rical y religiosa, etc.) implicaban necesariamente una relación epistolar, sobre todo, con varones, que eran los que gobernaban mayoritariamente la Iglesia y la sociedad civil en el siglo XIV.

Una simple enumeración del elenco de cartas con destinatarios femeninos nos muestra ese amplio espectro social del apostolado de Santa Catalina.

Cartas de Santa Catalina de Siena a mujeres (114 de un total de 381)³: siete a familiares⁴; siete a Juana, reina de Nápoles⁵; una a la reina madre de Hungría⁶; veintinueve a señoras de la nobleza⁷; veintiséis a discípulas (algunas casadas) y '*mantellate*'⁸; dieciséis a monasterios y monjas de órdenes diversas⁹; veinticinco a mujeres de la vida ciudadana, de es-

³ Utilizamos la numeración más habitual, que sigue un criterio cronológico. Es la que sigue la edición citada en la nota anterior, aunque aparezcan allí reordenadas por grupos de destinatarios. Al citarlas, haremos referencia únicamente al número de la carta.

⁴ Cuatro a su madre, Lapa (nn. 1, 6, 117 y 240); a su sobrina Nanna (n.23); a sor Eugenia, pariente suya (n. 26); a la *mantellata* Catalina de Scetto, pariente suya (n. 50).

⁵ S. Caterina da Siena, nn. 133, 138, 143, 312, 317, 348 y 362.

⁶ S. Caterina da Siena, n. 145.

⁷ A la esposa de Bernabé Visconti (n. 29); a Mitarella, mujer del senador Vico de Mogliano, en Siena (n. 31); a Benedetta, viuda de Bocchino de Belforti, de Volterra (n. 68); a Bartolomea de Andrea Mei, de Siena (n. 71); a Laudomia, esposa de Carlos Strozzi, Florencia (n. 90); a Stricca, viuda de Cione de Sandro de Salimbeni (n. 110); a Biancina, viuda de Juan de Agnolino Salimbeni (n. 111); dos a Benedetta, hija de Juan de Agnolino Salimbeni (n. 112 y 113); a Isa, hija de Juan de Agnolino Salimbeni (n. 115); a Pantasilea, mujer de Ranuccio de Farnese (n. 116); tres a Nella, viuda de Nicolò Buonconti, de Pisa (nn. 151, 161, 167); a Rabe, mujer de Franceso de Tolomei (n.120); a Catalina, Ursula y otras de Pisa (n. 153); dos a Tora, hija de Pietro Gambacorti, Pisa (nn. 194 y 262); a Niera di Gherardo Gambacorti, Pisa (n. 224); a Jacoma, esposa de Trinci de Fuligno (n. 264); a Lodovica de Granello (n. 304); a Constanza, viuda de Nicolò Solderini, Florencia (n. 314); a la Condesa Juana de Mileto y de Terranova, Nápoles (n. 345); a Lariella, esposa de Ciccolo Caracciolo, Nápoles (n. 352); a Catella, Cecia y Catalina Dentice, Nápoles (n. 353); a Pentella, casada, Nápoles (n. 354); a Orietta Scotta, Génova (n. 355); a una noble napolitana (n. 361).

⁸ A Nella, priora del grupo sienés (n. 125); seis a Alessa y otras de su grupo (nn. 49, 119, 271, 277, 286 y 126); siete a Juana de Capo, Pavola y otras discípulas *mantellate* de Siena (nn. 108, 132, 118, 214, 40, 97, 144); cuatro a Daniela de Orvieto (nn. 65, 213, 308, 316); dos a Juana de Corrado (nn. 241 y 247); tres a Inés, viuda de Orso Malavolti (nn. 38, 53, 61); a Francisca de Francisco Tolomei, enferma (n. 81); a Juana Pazza (n. 87); a Colomba, de Lucca (n. 166).

⁹ Cuatro a la priora y monjas del monasterio de Santa Inés de Montepulciano (nn. 54, 58, 336, 381); al monasterio de San Gaggio en Florencia (n. 75); al monasterio de San Pietro in Monticelli (n. 79); a los monasterios de Santa María delle Vergini y de San Giorgio (n. 217); a un monasterio de Bolonia (n. 215); a un monasterio de

tracto social medio o bajo, casadas en su mayoría¹⁰; tres de destinataria anónima¹¹

2. Contenido de las cartas.

En cuanto al contenido y estilo de las cartas, es importante señalar, ante todo, la notable uniformidad que se observa en el conjunto de la correspondencia cateriniana. En particular, santa Catalina se dirige prácticamente en el mismo tono a hombres y mujeres, independientemente de su categoría social y de su proximidad afectiva; y los temas principales de su doctrina espiritual aparecen indiscriminadamente a lo largo de su correspondencia.

Santa Catalina escribe de forma personalmente humilde y desinteresada, pero es clara y exigente a la hora de plantear las principales consecuencias de la vida cristiana, con un fuerte apoyo doctrinal. Ella se siente llamada a hablar en nombre de Dios, apelando a las conciencias, con una autoridad que no se arroga, sino que brota de lo más hondo de su personal unión con la Trinidad.

De esta forma, plantea a todas las mujeres a las que escribe, sin excepción –sean religiosas o casadas, nobles o plebeyas, jóvenes o ancianas, a las que se consideran sus discípulas o a su misma madre–, el mismo ideal cristiano, elevado y empeñativo en sus manifestaciones vitales. Así aparecen, en las cartas dirigidas a mujeres, altos planteamientos de amor a Dios y caridad con el prójimo, fe con obras, humildad,

mujeres (n. 175); a la abadesa del monasterio de Santa Marta de Siena (n. 30); a la abadesa del monasterio de santa Maria delli Scalzi en Florencia (n. 86); tres a sor Bartolomea della Seta (nn. 182, 188, 221); a sor Constanza (n. 73); a sor Magdalena (n. 220).

¹⁰ Trece a Inés, esposa de un sastre (nn. 91, 93, 174, 179, 190, 248, 249, 251, 265, 274, 288, 290, 300, –varias con su marido–); a tres mujeres de Florencia (n. 82); a Juana y a su marido Juan Trenta, de Lucca (n.152); a Lippa, mujer de un curtidor (n. 160); a cuatro mujeres de Lucca (n. 162); a Franceschina, de Lucca (n. 163); a Mellina, esposa de Bartolomeo Balbani, de Lucca (n. 164); a Bartolomea, esposa de Salvatico, de Lucca (n. 165); a Montagna, de Narni (n. 263); a Bartolomea de Domenico, en Roma (n. 278); a Inés de Toscanella (n. 340); a tres mujeres de Nápoles (n. 356); a Peronella, de Nápoles (n.360).

¹¹ A una mujer (n. 9); a una prostituta de Perugia, a petición de su hermano (n. 276); a una mujer que murmuraba (n. 307).

conocimiento de Dios y conocimiento propio, fortaleza, paciencia, desprendimiento, oración, etc.; enmarcados en su querida y continua presentación del Verbo encarnado como luz y verdad, y de su preciosa Sangre derramada por nuestros pecados en la Cruz, como máxima manifestación del amor que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo tienen por la criatura humana.

Es decir, para santa Catalina, la mujer debe aspirar a los mismos ideales de amor a Dios y ejercicio de las virtudes que el hombre, sea religioso o terciaria, esposa de un gran señor o de un sastre. El mismo tono y la misma fuerza con que recuerda al papa –respetuosa, pero sin morderse la lengua– sus obligaciones y la trascendencia de su santidad personal, lo emplea para dirigirse a la reina de Nápoles o a sus amigas de Siena, Florencia o Lucca, sean religiosas o amas de casa.

Esto no significa que haga un planteamiento explícitamente comparativo, hablando de la universalidad de la santidad, de igualdades entre el hombre y la mujer, etc.; pero sí que, en la práctica, extrae muchas consecuencias de esos principios básicos de la doctrina cristiana más genuina, quizá no formulados como estamos acostumbrados en nuestros días, pero sí intuidos como fruto de su alta comprensión del mensaje cristiano.

La mayoría de las cartas de la doctora sienense se pueden dividir en una primera parte, extensa, de enseñanza doctrinal de carácter aparentemente general, y una segunda, más breve y más personal, en la que afronta cuestiones relativas a la vida y responsabilidades del destinatario o destinataria. Nunca afronta esas cuestiones particulares, sin haberlas enmarcado antes en ese contexto espiritual y doctrinal elevado y exigente. De esta forma, hasta las cuestiones más pedestres cobran en su pluma toda su trascendencia sobrenatural; y los problemas de carácter más político u hogareño quedan presentados siempre a la luz del amor de Dios.

A veces puede dar la impresión de que la santa se va por la tangente, que se eleva en exceso a consideraciones sobre Dios y Jesucristo, sobre el pecado y la gracia; pero siempre hay una intención práctica aplicable a la situación personal del destinatario, que aparece tarde o temprano, iluminada por esa visión más profunda y sobrenatural. No cabe duda que esa pedagogía fue eficaz, y que las personas a las que santa Catalina

escribió se dejaron conducir dócilmente en su mayoría por esta singular maestra, que, en ocasiones, parece superar a su época.

Para cuestiones más específicas sobre la mujer, debemos recurrir, pues, a esa segunda parte de sus cartas, pero sin olvidar esta perspectiva universal y unitaria de la vida cristiana que, en definitiva, coloca a la mujer, a cualquier mujer, en su máxima dignidad: la que brota de su relación con Dios a través de Jesucristo, encarnado, muerto y resucitado por nosotros; relación que la misma Catalina vivió, como mujer, en su grado más excelso, santo, místico, el de verdadera esposa del Cordero.

Es conocida la referencia habitual de los místicos, y en concreto de santa Catalina, a Cristo como Esposo del alma. En nuestra doctora, a esta idea se une estrechamente la consideración de la filiación divina. La mujer, en particular, es a la vez, “verdadera hija y esposa consagrada a nuestro dulce Dios”¹². Pero no se refiere sólo, con esa expresión, a las religiosas o *mantellate*, a las que, desde luego, aplica ese doble título, como fruto de su específica consagración, sino a todo tipo de mujeres, incluidas las casadas. La frase citada está, en efecto, dirigida a la reina de Nápoles; y no es una referencia aislada: de la misma forma se dirige a otras mujeres, casadas o solteras, pero sin compromisos religiosos¹³. Más aún, precisamente en su condición de casadas, cuando es el caso, se apoya nuestra hábil pedagoga, para ayudarles a comprender qué significa ser esposa de Cristo.

Para santa Catalina toda “criatura racional” ha sido desposada con Dios en la creación, y “re-desposada”, podríamos decir, con Jesucristo por el lavado de su Sangre y el sello de su Cruz¹⁴. Los caminos de la virginidad o del matrimonio son posteriores concreciones de esta realidad íntima de todo cristiano. De hecho, no hemos detectado en las cartas de la santa comparaciones de más o menos entre distintos estados o vocaciones respecto a esa relación estrecha con Dios: a religiosas y a mujeres casadas se dirige en el mismo tono y con las mismas consecuencias de fondo, aunque unas deban mostrar su unión espousal con Cristo en la

¹² S. Caterina da Siena, n. 143.

¹³ S. Caterina da Siena, por ejemplo, nn. 29, 115, 155, 160, 162, 163, 288, 353, etc. Respecto a las religiosas como esposas de Cristo, ver lo que se dirá más abajo.

¹⁴ Las expresiones que utiliza santa Catalina de Siena para referirse al poder redentor de la sangre de Cristo –no hay carta en que no aparezca de alguna forma– son de un realismo escalofriante: habla de bañarse y anegarse en la Sangre de Cristo, de embriagarse con la Sangre de Cristo, etc. Las posibles referencias son innumerables.

virginidad y una maternidad espiritual (como la que ella misma ejerció con tanto fruto), y otras como esposas y madres en lo humano.

Así se lo dice, por ejemplo, a la reina de Nápoles:

“Adunque io vi prego dolcissimamente in Cristo Gesù, che il cuore e l’anima con ogni suo affetto e movimento e sollicitudine si levi ad amare e a servire sì dolce e caro Padre e sposo quanto è Dio, somma e eterna Verità, quale ci amò veramente, e senza essere amato”¹⁵.

Análogamente, todas son también, independientemente de su condición, “siervas de Cristo crucificado”, “compradas con su sangre” y deben comportarse como tales. Para Santa Catalina, “servir a Dios es reinar”, y ese servicio transforma a la mujer en esposa del mismo Dios, le sirva en un noble palacio, en la casa de un artesano o en la clausura de un monasterio. Aunque, cuando está convencida de que la vocación de una mujer es la vida religiosa, afirme con claridad que no será “verdadera esposa” del creador hasta que no abandone la “casa de su padre” y entre en el monasterio¹⁶.

De todas formas, más decisivo aún que el uso de la expresión “esposa de Dios” para referirse a todo tipo de mujeres, es el planteamiento continuo del amor a Dios en su máxima intensidad (habla mucho, al respecto, de abrasarse en el “fuego” de la caridad) a todo tipo de destinatarias (y destinatarios), sin matices ni excepciones¹⁷.

Un texto de Santa Catalina es especialmente significativo en esa equiparación de los diversos estados de vida de la mujer ante el amor divino:

“Oh quanto è dolce questa dolce madre della carità! Ella ((la caridad, pero que pasa a ser, en el contexto, la mujer que ama)) non cerca le cose sue; cioè che non cerca sé per sé, ma sé per Dio; e ciò ch’ella ama e desidera, ama e desidera in lui e per lui, e fuore di lui nulla vuole possedere. In ogni stato che ella è, spende il tempo suo facendo la volontà di Dio. Se ella è secolare, vuole essere perfetta nello stato suo; se ella è religiosa suddita, ella è perfetta angela terreste in questa vita: e non appetisce né pone l’amore suo nel se-

¹⁵ S. Caterina da Siena, n. 143.

¹⁶ S. Caterina da Siena, n. 112, nn. 262, 264, 356, etc.

¹⁷ S. Caterina da Siena, *passim*.

colo né nella ricchezza temporale, non volendo possedere in particolare, perché vede che sarebbe contra il voto della povertà volontaria”¹⁸.

En otra carta, hablando de los frutos de la discreción en el cumplimiento de la voluntad de Dios, afirma:

“In ogni stato che la persona è, gusta di questi frutti, se ella ha il lume della discrezione: in diversi modi, secondo il diverso stato. Colui che è nello stato del mondo, e ha questo lume, coglie il frutto dell’obediencia, de’ comandamenti di Dio, e il dispiacere del mondo, spogliandosene mentalmente, poniamoché attualmente ne sia vestito. Se egli ha figliuoli, piglia il frutto del timore di Dio, e col timore santo suo li notrica. Se egli è signore, piglia il frutto della giustizia, perché discretamente vuole rendere a ciascuno il debito suo (...) Se egli è suddito, coglie il frutto dell’obediencia e reverenzia verso il signore suo (...) Se sono religiosi o prelati, tràggone il frutto dolce e piacevole d’essere osservatori dell’ordine loro (...) In quanti diversi modi, e in diverse creature si colgono questi frutti! Troppo sarebbe lungo a narrarlo; con lingua non si potrebbe esprimere”¹⁹.

Estas últimas exclamaciones nos muestran el aprecio de la santa por cualquier estado o vocación: todos son reflejos, para ella, de la bondad de Dios y de las maravillas de la gracia.

Pero, aunque el acento de la enseñanza de santa Catalina está puesto siempre en lo sobrenatural, y por tanto, en el amor de Dios, no se olvida del aspecto humano de ese amor sponsal y materno. Así, en particular, al dirigirse a las esposas, une la consideración de la fidelidad a la fe con la fidelidad conyugal, como si hablara de una única virtud, alcanzando así el verdadero sentido cristiano del compromiso matrimonial. Al mismo tiempo, insiste en que el marido no es posesión suya, sino don divino²⁰.

¹⁸ S. Caterina da Siena, n. 356, dirigida a tres napolitanas.

¹⁹ S. Caterina da Siena, n. 213, dirigida a una *mantellata*.

²⁰ S. Caterina da Siena, nn. 110, 116.

Como le ocurrió durante largo tiempo con su propia madre²¹, algunas de las madres que Catalina conoce y trata tienen un excesivo apego a sus hijos (algunos y algunas eran, a su vez, discípulos de la santa, o religiosos, etc.). Ella les muestra con claridad lo desencaminado de ese amor, pues los hijos no son posesión personal de las madres, sino don de Dios, como el marido. Deben, por tanto, amar a los hijos y servirles, por amor a Dios y como servicio a El, de tal forma que si Dios llama a sus hijos a un estado que suponga alejamiento respecto a la madre, ésta no se resista a la voluntad divina, la misma por la que es precisamente madre. Resistirse a la voluntad divina respecto a los hijos, no es amarlos a ellos ni a Dios, sino amarse a sí misma²².

De forma parecida, corrige el excesivo afecto humano que algunas amigas y discípulas profesaban a la propia Catalina, hasta el punto de entristecerse exageradamente cuando no estaban con ella. Recurre para ello al ejemplo de la separación física de María con Jesús y los apóstoles, cuando iban a predicar²³.

Un texto de nuestra doctora es especialmente claro y preciso respecto al papel de la mujer en la familia, descendiendo incluso a detalles prácticos muy concretos, que no son frecuentes en sus cartas:

“Non dico, però, che voi non stiate nel mondo o nello stato del matrimonio più che voi vogliate, né che voi non governiate i vostri figliuoli né l'altra famiglia secondoché vi richiede lo stato vostro: ma dico che viviate con ordine, e non senz'ordine. En in ciò che

²¹ Habla a su madre, Lapa, expresamente de desprendimiento respecto a la propia familia (es decir, del dolor que le supone la lejanía y la vocación de la propia Catalina, en particular, en las cartas nn. 6, 117 y 240. Conviene recordar que Lapa fue madre de veinticinco hijos, y que sobrevivió a la propia Catalina, que era la penúltima, después de transformarse prácticamente en discípula suya los últimos años: estamos pues ante un auténtico modelo de madre cristiana. El estilo, el tono y el contenido de las cartas dirigidas a su madre es similar al de todas las demás; lo cual no sorprende si se tiene en cuenta el respeto con que trata a todos, y en particular esa forma de dirigirse a las mujeres como madres, hijas o hermanas, que no son meras fórmulas de cortesía, sino reflejo de lo que de verdad siente.

²² La carta más explícita al respecto es la n. 247, dirigida a la madre de Stefano Maconi, uno de los más estrechos colaboradores de la santa; a ella va también dirigida la n. 241, con el mismo tema de fondo; las mismas ideas reaparecen con frecuencia en las cartas dirigidas a otras madres: S. Caterina da Siena, nn. 68, 90, 116, 120, 155, 167, 278, etc.

²³ S. Caterina da Siena, nn. 118, 164. El mismo ejemplo se lo pone a su madre en las cartas nn. 117 y 240.

voi fate, ponetevi Dio dinanzi agli occhi; e state nello stato del matrimonio, e andate con timor santo e come a sacramento. E avere in riverenzia e' comandamenti della santa Chiesa, quanto egli è possibile a voi. E li figliuoli, notricarli nelle virtù e nelli santi comandamenti dolci di Dio: perché non basta alla madre e al padre di notricargli solamente il corpo; ché questo fanno li animali, di nutrire e' suoi figliuoli: ma debbe nutrire l'anima nella Grazia, giusta il suo potere, riprendendoli e castigandoli nelli difetti che commettersero. E sempre vogliate che usino la confessione spesso, e la mattina odano la Messa, o almeno li di comandati dalla santa Chiesa. E così sarete madre dell'anima e del corpo. Son certa che se averete vero cognoscimento di Dio e di voi, codetto è, voi 'l farete: perocché senza questo cognoscimento nol potrete fare"²⁴.

La actualidad y perennidad de estas consideraciones salta a la vista, poniendo en tela de juicio a los que, de forma simplista, deducen una concepción oscurantista del matrimonio y de la mujer en la Edad Media cristiana.

Un caso particular importante se refiere a las mujeres con autoridad política. Las primeras cartas dirigidas a la reina de Nápoles y la dirigida a la reina madre de Hungría, recogen una de las preocupaciones principales de la época, de la que Santa Catalina se hace eco: la promoción de una nueva cruzada para la recuperación de Tierra Santa ("il santo Passaggio" lo llama), que no llegará a tener lugar. Catalina plantea esa iniciativa a ambas reinas con el mismo convencimiento y exigencia con que lo hace a sus colegas masculinos (de nuevo una clara conciencia de la igualdad hombre-mujer), pero una lectura atenta de estas cartas revela acentos más íntimos, más dirigidos al corazón, más propios sin duda de una conversación entre mujeres, aunque se trate de temas guerreros.

En ambos casos hay un apelo explícito a su condición de madres. Referido a la reina húngara, ése es propiamente su título, bajo el que puede influir en su hijo el rey, a fin de que éste se incorpore a la cruzada. Ya el encabezamiento de la carta se centra en esa maternidad: "A

²⁴ S. Caterina da Siena, n. 116. En otra ocasión, Santa Catalina anima a una mujer a que lleve a su esposo a la confesión, en las dos cartas que le envía: nn. 155 y 224. Otras referencias a la educación de los hijos y a la ayuda espiritual al marido se encuentran en las cartas nn. 29, 345 (con referencia también a la confesión) y 352.

vos, dilectísima y reverenda madre en Cristo Jesús...”²⁵. Pero también en el caso de la reina de Nápoles, que gobernaba con autoridad propia, Catalina recurre a su maternidad, incluso en primera persona: “...reverendísima y carísima madre mía en Cristo Jesús”²⁶; “dilectísima y reverendísima madre y hermana en Cristo Jesús”²⁷; y los “carísima madre” se repiten por el interior de las cartas.

Por lo demás, el apelo de Catalina a las reinas, promoviendo la cruzada, se apoya en continuas referencias al “honor de Dios”, al “fuego del Espíritu Santo”, a la Sangre del Cordero y a su Cruz redentoras, a la dignidad de su Iglesia y al deseo del Santo Padre²⁸; todo eso es lo que, para la santa, está en juego con la recuperación de Tierra Santa²⁹.

Todos estos rasgos se mantienen en las últimas cartas dirigidas a la reina Juana de Nápoles, en las que el tema central pasa a ser el cisma, el gran dolor de la santa en sus últimos meses de vida, en los que Catalina se multiplicaba en la búsqueda de apoyos decididos al papa legítimo, especialmente entre personas influyentes. Para santa Catalina no había duda de que Urbano VI era “Cristo en la tierra”, y cualquier otro que pretendiera el trono pontificio “no es papa, sino peor que el Anticristo”³⁰. Para convencerla, apela a la antigua fidelidad de la reina a la Iglesia. El tono de estas cartas es especialmente dramático y sentido, abriendo realmente la santa sienense su corazón de par en par a la reina, al mismo tiempo que le recrimina con gran dureza sus vacilaciones, insistiendo en que es como una traición de una madre a su hijo, de una hija a su madre.

Otra mujer especialmente influyente a la que escribe Catalina es la esposa de Bernabé Visconti, señor de Milán, mucho tiempo en guerra con el papa. A su condición de esposa recurre la santa para que interceda en favor de la paz. También esa orgullosa mujer, que se hizo lla-

²⁵ S. Caterina da Siena, n. 145.

²⁶ S. Caterina da Siena, n. 133.

²⁷ S. Caterina da Siena, n. 138. el resto de las cartas dirigidas a la reina: nn. 143, 312, 317, 348 y 362.

²⁸ En esto se detecta la pillería y habilidad diplomática de santa Catalina, pues ella misma es la que ha alentado al Papa para que intente una nueva cruzada.

²⁹ En la carta n. 143 añade una referencia explícita a María, con un acento en su maternidad y en su dolor al pie de la cruz de su Hijo; llega incluso a utilizar, para dirigirse a la reina, la expresión “madonna mia”, que como es sabido es el título más querido por los italianos para referirse a la Santísima Virgen.

³⁰ S. Caterina da Siena, n. 312; nn. 317, 348 y 362.

mar reina sin serlo, es para Santa Catalina “dulcísima madre”, y es invitada a enamorarse de Dios y a llegar a ser “esposa del emperador eterno”³¹.

El problema de la viudez (o de la muerte de algún hijo, tan dolorosa para las madres de todos los tiempos) también aparece con frecuencia en las cartas de Santa Catalina de Siena: varias de sus amigas perdieron muy jóvenes a sus maridos, y en algún caso a dos maridos sucesivos, el segundo de ellos el mismo día de la boda³². La referencia a la Cruz de Cristo se incrementa en las cartas dirigidas a las más o menos desconsoladas viudas; en efecto, es en su “preciosa Sangre” donde deben encontrar consuelo sus penas: como la muerte de Cristo se transforma en vida, así también la muerte de los seres queridos debe ser vida para ellas. Les anima, en particular, a comportarse “virilmente”, con fortaleza; e insiste también en el inmenso amor que Dios les tiene, más allá de esas contradicciones³³.

Las referencias a un comportamiento “viril”, a la fortaleza, no son exclusivas del caso particular de las viudas o las madres afligidas, sino significativamente frecuentes en las cartas de santa Catalina de Siena dirigidas a mujeres. Con ello no quiere imponer ninguna renuncia a su condición femenina. Les pide que tengan un corazón “viril”, precisamente como fruto de su unión con el sufrimiento de Cristo en la Cruz, del amor de Dios y de la gracia. El fruto principal de esa fortaleza es la paciencia, virtud a la que dedica un buen número de páginas en esas cartas³⁴.

Modelo especial de esa fortaleza viril femenina, consecuencia de un verdadero enamoramiento y de la humildad, es, ante todo, la Santísima Virgen: “Maria dulce” aparece en el encabezamiento de casi todas las cartas, y las referencias a la Virgen son también abundantes en el desa-

³¹ S. Caterina da Siena, n. 29. La paz se alcanzará tras muchos avatares y muchas gestiones de la propia santa.

³² Es el caso de Benedetta Bottone di Angiolino, a quien dirige las cartas 112 y 113. También la reina de Nápoles envió varias veces.

³³ S. Caterina da Siena, nn. 68, 112, 113, 115, 264, etc. La carta n. 9, a una mujer anónima, también hace referencia a alguna desgracia que había sufrido la destinataria, con consideraciones similares.

³⁴ S. Caterina da Siena, por ejemplo, además de las anteriores, las nn. 38, 75, 81, 132, 214, 249, etc.

rollo de muchas de ellas³⁵. Junto a la Madre de Dios, destaca Santa María Magdalena como el ideal femenino y de santidad propuesto con mayor frecuencia a las mujeres en sus cartas³⁶.

A algunas damas de la nobleza –sin dejar de tratarlas como “carissima madre”, “carissima suora” o “carissima figliuola”, como hace habitualmente con todas las mujeres–, santa Catalina les plantea con claridad las exigencias de la pobreza y el desprendimiento cristianos, tanto respecto a las riquezas materiales como a los honores mundanos. En sus numerosos viajes, se dejó invitar con frecuencia por sus amigas y admiradoras, y llegó a habitar temporadas enteras en suntuosos palacios, en un fuerte contraste con su hábito penitente y su proverbial austeridad, casi milagrosa. Pero no pide a aquellas mujeres acostumbradas al lujo que la imiten a ella ni que desprecien el mundo, sino que corrijan su “afecto desordenado al mundo”, que considera en íntima relación con la soberbia, incompatible a su vez con Dios (recuerda, al respecto, con frecuencia la enseñanza evangélica sobre la imposibilidad de servir a dos señores). Propone, desde luego, como modelo a Cristo, que “busca complacer a las criaturas, pero cuidando no desagradar al Creador”³⁷; y les anima a la generosidad en la limosna y la caridad efectiva con los pobres³⁸.

Lógicamente, cuando habla de desprendimiento a las religiosas o a las que quieren serlo, cambian los acentos y las manifestaciones³⁹. Catalina, como buena terciaria dominica, y por tanto mendicante, tiene bien arraigado el sentido de la pobreza cristiana, y en particular del desprendimiento religioso, en sus distintas variantes monásticas, conventuales, etc.

Pero a la hora de dirigirse a monjas y *mantellate* su doctrina espiritual específica se suele centrar, de nuevo, en el servicio a Dios y en su

³⁵ Entre las cartas más marianas dirigidas a mujeres están las nn. 30 y 144. Desborda el ámbito de este trabajo un estudio más específico de María como ideal femenino en Santa Catalina.

³⁶ S. Caterina da Siena, nn. 30, 61, 163, 164, 165, 276. Santa Catalina identifica, como es habitual en los santos y autores espirituales, a María Magdalena con María de Betania y con la pecadora que unge a Jesús en el relato de San Lucas.

³⁷ S. Caterina da Siena, n. 111. nn. 29, 90, 112, 116, 120, 155, 224, 264, 314, 345, 352, etc.

³⁸ S. Caterina da Siena, nn. 194 y 262 (se trata de una viuda joven que será luego religiosa), 304, etc.

³⁹ S. Caterina da Siena, nn. 26, 58, 75, 79, 126, 166, 215, 360, etc.

desposorio con Cristo, que en este caso equivale a la virginidad (en algunos casos, posterior a la viudez), dándole su pleno sentido. Más en general, es ese desposorio “consagrado” con Cristo el que fundamenta y exige, según santa Catalina, la renuncia al mundo y la obediencia propias de la vocación religiosa. Los acentos están puestos, por tanto, en el amor exclusivo a Dios, con todo su corazón y todo su ser, sin intentar hacerlo compatible con otros amores impropios de la religiosa o la virgen cristiana⁴⁰.

A las *mantellate* –que no eran propiamente monjas sino terciarias, y no vivían, por tanto, en clausura como la totalidad de las monjas de entonces, pero sí se dedicaban intensamente a las obras de misericordia–, les insiste especialmente en el amor al prójimo, bien afianzado en el amor a Dios, vivido, una vez más, como esposas y siervas suyas⁴¹.

Cuando se trata de abadesas o superiores religiosas les habla del buen Pastor; de dar la vida por sus ovejas como Cristo lo hizo, ya que esas otras almas han sido puestas en sus manos maternas por el mismo Dios; de no gobernar según el propio criterio, sino según el divino; de tratar a cada una de modo distinto, de acuerdo con sus propias necesidades; etc.⁴².

Pero insistimos en que el contenido de la doctrina espiritual enseñada a religiosas, *mantellate*, mujeres casadas y viudas es sustancialmente el mismo: a todas plantea Santa Catalina de Siena una vida de intenso amor a Dios; de identificación con Jesucristo, especialmente en su pasión; de oración; de humildad y de virtudes vividas en grado heroico.

Todavía podemos hacer referencia a otros temas, más concretos, que aparecen también en las cartas dirigidas por santa Catalina de Siena a mujeres.

Un defecto, desgraciadamente frecuente entre las mujeres de todas las épocas –aunque no sea, desde luego, un defecto exclusivamente femenino–, es decididamente combatido por la santa: la murmuración, fruto de los excesos en la conversación, y, con ello, el dar oído a difamaciones

⁴⁰ S. Caterina da Siena, nn. 23 (carta dirigida a su sobrina, todavía adolescente, pero a la que habla como virgen), 26, 54, 58, 75, 79, 81, 108, 166, 175, 182, 215, 217, 220, 221, 262 (dirigida a una viuda que será religiosa; por eso le dice que no debe quedarse sin esposo, y que el nuevo debe ser Cristo), 271, 277, 360, etc.

⁴¹ S. Caterina da Siena, nn. 40, 49, 50, 53, 65, 81, 97, 108, 118, 119, 144, 213, 214, 271, 277, etc.

y calumnias, juzgando a los demás sin fundamento, o incluso mintiendo. El camino de corrección de este defecto es claro: dejarse iluminar por la luz de la Verdad divina, que se nos manifiesta en la sangre del Cordero inmaculado, y amar esa verdad, dejando todo juicio en manos del único Juez, amando al prójimo por amor a Dios⁴³.

Tampoco faltan llamadas de atención a la vanidad y al lucimiento físico de las mujeres; a prestar excesiva atención a las alabanzas de los hombres; a una desmesurada tendencia a la fantasía; a la volubilidad de dejarse llevar por muchos consejeros⁴⁴. Ni a dos exageraciones de la verdadera piedad: la tendencia a apegarse a visiones y revelaciones (supuestas o verdaderas), confundiendo con ellas el verdadero amor de Dios, cuando incluso pueden proceder del demonio; y los excesos penitenciales, más preocupados de “matar el cuerpo que la voluntad propia”, olvidando que la penitencia es un medio y no un fin⁴⁵.

A un matrimonio les advierte especialmente sobre el peligro del trato con personas que “viven sin temor de Dios”, y de la necesidad de buscar sus amistades entre los verdaderos “siervos de Dios”⁴⁶.

Mención especial merece la carta dirigida a una prostituta de Perugia, a petición de un hermano de la misma⁴⁷. La prostitución es un envilecimiento de la condición femenina desgraciadamente presente en todas las épocas. Santa Catalina, que vivió una vida de castidad fidelísima desde su infancia, se conmueve ante la desgracia de aquella mujer y vuelca su corazón en cada frase de esta carta, esforzándose por conmover y reconducir a la pecadora hacia el buen camino, sin dejar de plantear toda la gravedad de su situación:

“... figliuola mia, io piango e dogliomi che tu, creata alla imagine e similitudine di Dio, ricomperata del prezioso sangue suo, non ragguardi la tua dignità; né ‘l grande prezzo che fu pagato per te. Ma

⁴² S. Caterina da Siena, nn. 30, 86, 125.

⁴³ S. Caterina da Siena, nn. 23, 49, 50, 65, 82, 93 (tiene especial interés, pues se refiere a murmuraciones contra la propia santa), 119, 120, 126, 220, 307, 354, etc.

⁴⁴ S. Caterina da Siena, nn. 82, 155, 165, 340.

⁴⁵ S. Caterina da Siena, nn. 65, 174, 213, 265, 340. Recordemos que en esa época, como en muchas otras de la historia de la espiritualidad, pululaban los movimientos de tipo iluminista y/o rigorista, especialmente atractivos para muchas mujeres de escasa formación y excesiva credulidad.

⁴⁶ S. Caterina da Siena, n. 190.

⁴⁷ S. Caterina da Siena, n. 276.

pare che tu faccia come il porco che s'involge nel loto; così tu t'involgi nel loto della immundizia. Fatta sei serva e schiava del peccato; preso hai per signore il dimonio, a lui servi il dì e la notte.

»Pénsati che il signore dà al servo suo di quello ch'egli ha. Se tu servi al dimonio, tu participi del suo. Or che ha 'l dimonio, figliuola mia? tenebre, tempeste, amaritudine, pena, tormenti e flagelli (...)

» (...) Or non pensi tu, figliuola, quanta è la servitudine tua, e quanto ella è misera miserabile? che in questa vita hai l'inferno, e hai la conversazione delle dimonia orribili. Esci, esci di questa pericolosa servitudine e tenebre, nella quale tu se' condotta (...)

» (...) fàtti una santa forza e violenza a te medesima; lévati da tanta miseria e fracidume; ricorri al tuo Creatore, che ti riceverà, purché tu voglia lassare il peccato mortale e ritornare allo stato della Grazia. Io ti dico, dolcissima figliuola mia, che se tu vomicherai il fracidume del peccato per la santa confessione, con proponimento di non cader più né ritornare al vomito; dice la dolce benignità di Dio: «Io ti prometto che non mi ricorderò che tu mi offendessi mai»⁴⁸ (...)

Non ti paia fadigoso. Ricorri a quella dolce Maria que è madre di pietà e di misericordia. Ella ti menerà dinanzi alla presenza del figliuolo suo, mostrandogli per te il petto con che ella il lattò, inchinandolo a farti misericordia. Tu, come figliuola e serva ricomperata di sangue, entra allora nelle piaghe del Figliuolo di Dio; dove troverai tanto fuoco di ineffabile carità, che consumerà e arderà tute le miserie e' diletti tuoi. Vederai che t'ha fatto bagno di sangue per lavarti della lebbra del peccato mortale, e della sua immundizia, nella quale tanto tempo se' estata. Non ti schiferà il dolce Dio tuo (...)"

No falta el recurso lógico al ejemplo de la Magdalena, presentado por santa Catalina con gran fuerza, invitando a aquella mujer a seguir sus pasos, y concluyendo:

“Rispondi a Cristo crocifisso che ti chiama con umile voce; corri dietro all'odore dell'unguento suo. Bàgnati nel sangue di Cristo

⁴⁸ Heb. 10, 7.

crocifisso; ché a questo modo participerai il sangue. Così desidera l'anima mia di vederti partecipare il sangue, e che tu sia membro legato per grazia nel tuo capo Cristo crocifisso”.

Santa Catalina de Siena, en definitiva, pone a todas las mujeres de su época, incluso a las consideradas escoria de la sociedad, ante la realidad de su verdadera dignidad de hijas de Dios, ante el amor inconmensurable que Dios tiene por cada una sin excepción, y que les ha manifestado mediante el derramamiento de su Sangre en la Cruz.

Javier Sesé
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
31080 Pamplona España

